



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 12 — Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes.

26 MARZO 1878.

Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVIII.

SUMARIO.—Explicacion de los grabados por Joaquina Balmaseda.—Falda para recién nacido de forma princesa.—Chambra para recién nacido.—Bota para niño de un año.—Babero de piqué.—Peinador para baño.—Cubierta de malla guipura.—Alfombra para lámpara.—Bolsa para el calzado.—Cenefas bordadas á punto de cruz.—Cesta para el tocador.—Cofia elegante para señora.—Ramos para la cabeza y el pecho.—Adornos para vestidos.—Cifra para pañuelos.—Adorno para camisa.—Dibujos de tapicería para zapatillas.—Fondo de encaje inglés para cofias.—Corbata de encaje.—Encaje inglés para mangas y cuellos.—Faldas interiores para señora.—Vestido plegado para niña.—Mantelería bordada.—Bolsa de seda y trencilla.—

Capucha de seda para señora.—Capucha de punto de aguja con transparente de seda.—Tapete de punto de aguja.—Almohadas bordadas y caladas.—Cenefa bordada en tul.—LITERATURA.—El Angel del amor, por María Antonia Gonzalez de A.—A nuestro Santísimo Padre Leon XIII, soneto por Caspar Bono Serrano.—Quejas, poesia por A. Alcalde Valladares.—Sin tregua, poesia por Aurora Lista.—Tínez, por Augusto Jerez Perchet.—El Bálsamo de las penas, por Angela Grassi.—La farmacia en familia, por Berta.—Correspondencia.—Explicacion del figurin 1-307.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

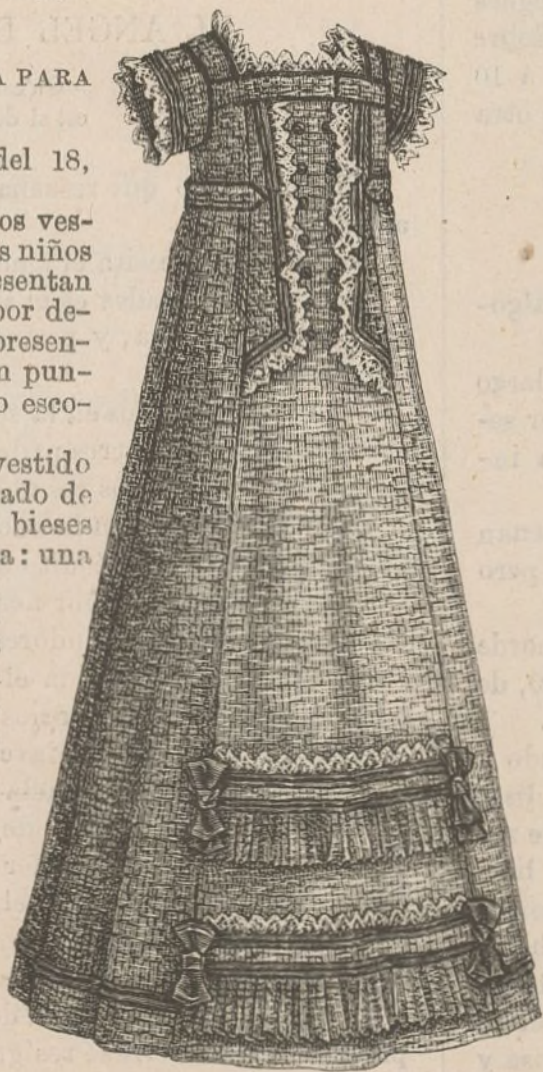
1 Y 2. VESTIDOS PRINCESA PARA NIÑOS DE UN AÑO.

(Patron, en el pliego del 18, núm. V, figs. 17 á 22.)

La forma princesa para los vestidos se extiende hasta á los niños de envoltura; y el que presentan los grabados va cerrado por detrás con ojales y botones, presentando el patron mismo con puntitos el corte para vestido escotado.

El núm. 1 presenta un vestido de lana gris con cuerpo forrado de piqué, y el echarpe y los bieses van orillados de seda grana: una vuelta, marcada en el patron por una línea fina, con bieses y encajes y plegados sujetos con lazos, adornan el delantero de la falda. Puntilla igual de hilo en el escote y mangas.

El núm. 2 es de cachemir azul claro con bieses de cachemir blanco, bordados á la cruz con seda argelina. Al armar el vestido es preciso dejar una abertura en la costura del costadillo y espalda, letra Q, para pasar la mano y llevar fácilmente al niño. Un plegado adorna las puntas del echarpe.



1. Falda para recién nacido. Forma princesa (escotada). (Patron: pliego del 18, núm. IV, figs. 15 y 16.)

teada cada pieza con cretona, ántes de unirlos, á punto por encima por el revés, y una guarnicion bordada termina por arriba la botita almenada.

5, 11 Y 12. BABERO.

(Patron: en el pliego del 18, número X, figs. 31 y 32.)

Es de piqué blanco, orillado el escote de un vivo y el borde de guarnicion bordada á la inglesa y cosida entre la tela y el forro de cretona. Los núms. 11 y 12 pueden servir para este objeto; el primero bordado en el piqué mismo, y el segundo en un percal que se fija como un biés sobre el piqué.



3. Chambra para recién nacido. (Patron: pliego del 18, núm. VII, figs. 25 á 27.)



2. Falda para recién nacido. Forma princesa. (Alto.) (Patron: pliego del 18, núm. V, figs. 17 á 22.)

6 Y 7. TEJIDOS PARA FAJA.

El primero, de punto de aguja con ondas de crochet alrededor, se ejecuta á punto inglés, harto conocido, y con 30 puntos, hasta tener 150 cents. de largo, terminando en este extremo en punta, donde se pega la cinta. Despues se hace la puntilla de ondas de crochet.

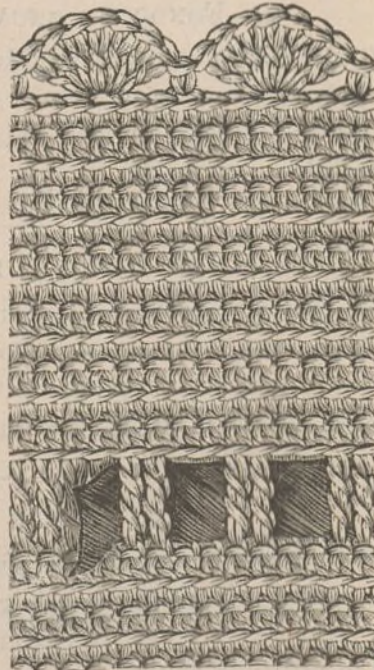
El segundo es de crochet, tiene la faja las mismas dimensiones que la anterior, y el núm. 7 ofrece, de tamaño natural, el dibujo de punto doble con un entredos, por el que se pasa una cinta ó trencilla de color para realzarla; conchas de crochet en una de las dos orillas la completan.

10 Y 22. PEINADOR PARA BAÑO.

Este peinador higiénico se hace de un cuadro de franela de 98 cents., que se redondea en dos puntas y se recorta alrededor en ondas ribeteadas de trencilla blanca (véase núm. 22). Para formar la capucha se cose de cada lado, debajo de las puntas redondas, una cinta de seda de 48 cents. de largo, y se forma una jareta con cintas iguales.

13, 46 Y 47. BOLSA PARA EL CALZADO.

Los dibujos para bordar esta labor pueden elegirse entre los que ofrece continuamente EL CORREO. Los núms. 46 y 47 de este periódico muestran los festones y punto de contorno para los bordes. El saco se hace en cutí ó tela morena y se borda con lana de color.

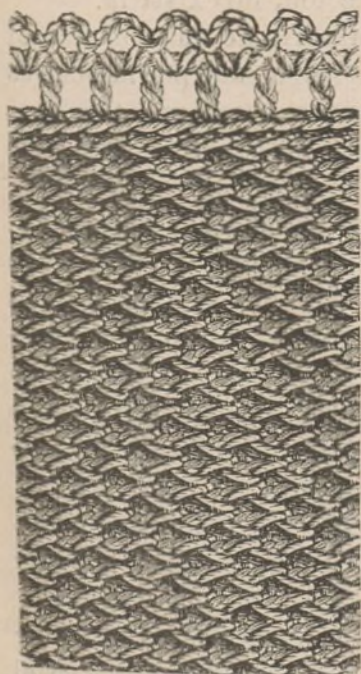


7. Punto de crochet para faja.

3. CHAMBRA PARA NIÑO DE UN AÑO.

(Patron: en el pliego del 18, núm. VII, figs. 25 á 27.)

El núm. 25 ofrece el patron del canesú, formado por bulloncitos y entredoses, ocultas las uniones por bieses de batista. El bajo de manga se frunce y guarnece de vuelta bullonada, con un plegadito como el del escote.



6 Punto de aguja y crochet para faja.

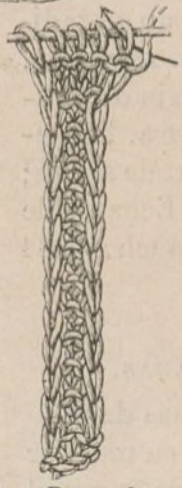
4. BOTITAS PARA NIÑO DE UN AÑO.

(Patron: en el pliego del 18, núm. VIII, figs. 28 y 29.)

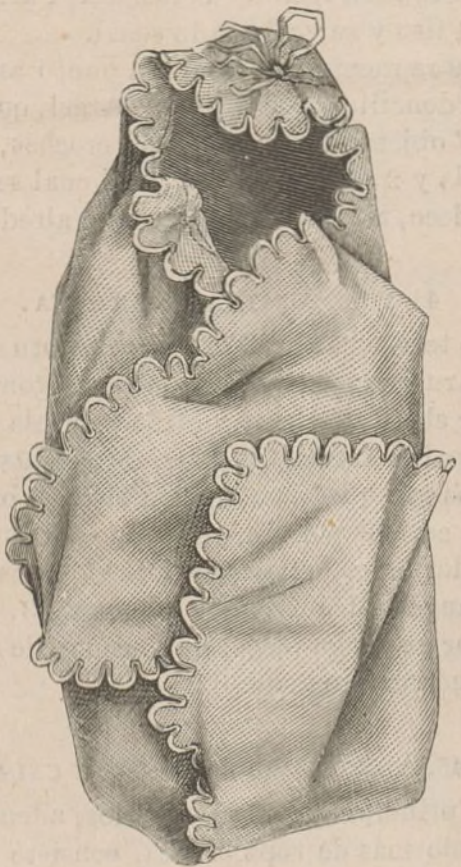
Córtase la mitad por el patron núm. 28, que cierra á un lado, y el otro lado se abotona hecho en dos partes, y toda la botita en piqué blanco, ribe-



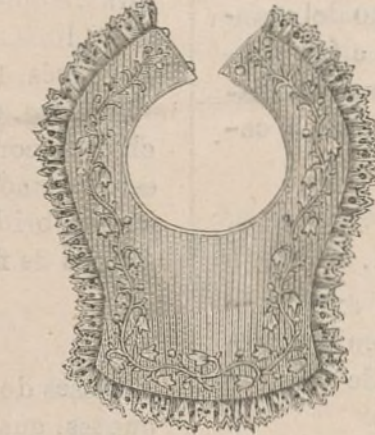
4. Bota para niño de un año. (Patron: pliego del 18, núm. VIII, figs. 28 y 29 y 7 á 10.)



8. Punto de aguja para el tapete núm. 39.



10. Peinador para baño. (Véase el núm. 22.)



5. Babero de piqué. (Véanse los núms. 11 y 12. (Patron: pliego del 18, núm. X, figs. 31 y 32.)

14. CUBIERTA DE MALLA Y ENCAJE INGLÉS.

Esta cubierta, de acrílico ó de sillón, según el tamaño de la malla, se borda por el sistema ya conocido y se guarnece de encaje inglés hecho con cinta de medallones. Para acrílico debe tener 12 cents. en cuadro, sin encaje.



9. Cenefa anudada para el tapete núm. 39.

15. ALFOMBRA PARA LÁMPARA.

Se borda á cadeneta y punto ruso, en paño de color oscuro, con colores vivos y brillantes sobre el borde picado, descansa una borla alternada, de cada uno de los colores empleados en el bordado.

16 Y 17. COFIA PARA VESTIR.

El fondo es un triángulo de tul, cuyo borde va sostenido por alambre y encima un plegado doble de tul bordado de seda azul (véase núm. 16). Un retorcido de cinta va en el centro del rizado, y al lado derecho un ramo de plata filigrana ó de flores de mano: un lazo en el centro y bandas de tul y cinta completan la cofia.

18. CESTA PARA TENACILLAS DE RIZAR.

(Patron; en el pliego del 18, núm. XI, figs. 33 y 34.)

La cesta ó estuche de fieltro reserva los hierros de rizar del polvo y moho, y se corta por el patron indicado: el adorno consiste en una cenefa á punto ruso, bordada con lana encarnada y ribete de trencilla del mismo color en cada uno de los pedazos que forman la cesta ántes de unirlos, y un rizado de lana encarnada. Los cuatro frentes del estuche se juntan por arriba con cintas, y las asas de cáñamo forrado, van cosidas á uno de los cuatro frentes.

19 Y 20. RAMOS PARA CABEZA Y PECHO.

Una diadema de miosotis con follaje de terciopelo y una rama flotante, armada entre lazadas de cinta y combinada con hilos de perlas, componen este elegante prendido. El ramo de pecho es correspondiente.

21. CIFRA PARA PAÑUELO.

Una V., una A y una E con corona ducal, todo bordado á plumetis, constituyen este escudo, que así puede servir para pañuelos de la mano como para ropa fina de cama ó mesa.

23. ADORNO PARA CAMISAS.

Entredoses calados cosidos á la máquina como indica el mismo grabado y puntilla valencienas, constituyen este modelo muy propio para camisetas de recién nacidos, chambras, etc.

24 Y 25. TAPICERÍA.

Ambos modelos pueden servir para zapatillas ó almohadones al pasado ó punto de cruz. El núm. 24 es una combinacion con negro, azul, rojo y seda amarilla, y el 25 rayas negras y grises de dos tonos, con arcos encima de seda azul con presillas de seda amarilla.

26. ADORNO PARA VESTIDO.

Es de dos telas distintas y forma un volante de 18 centímetros rizado á tablas y orillado de seda á los dos bordes, y un plegado menudo entre tabla y tabla, cubriendo la cabeza de este plegado un biés de seda que pasa por entre las tablas, para lo cual hay necesidad de hacerles sus correspondientes cortaduras.

27 Y 28. MANTELERÍA.

El adorno de esta mantelería fina y adamascada, consiste en grandes iniciales bordadas en el centro del mantel y de las servilletas. El núm. 28 ofrece la cifra bordada á punto de contorno con algodón encarnado, pasado y arenilla gruesa. También pueden bordarse á cadeneta en el bastidor ó á la máquina.

28. FONDO DE ENCAJE PARA COFIA.

El dibujo de encaje irlandés sobre tul se ha explicado ya diferentes veces, y á esas explicaciones remitimos á nuestras discretas lectoras; sirve para fondo de cofias ó prendidos para soiré.

29. CORBATA DE ENCAJE.

Se elige para esta corbata una buena imitacion ó un valencienas fino que se dispone rizado en una armadura ó fondo de tul, ocupando el centro lazadas del mismo encaje, de cinta y algunas flores.

30 ENCAJE INGLÉS.

Está hecho con cinta de medallón, de dos tamaños y las orillas con cinta lisa: cordoncillos y molinetes son los puntos que sirven de calados, rematando las ondas un piquillo de encaje.

31 Y 32. FALDAS INTERIORES.

Ambas llevan por delante un paño nesgado y otro al hilo por detrás: tienen 216 cents. de ancho por 90 de largo por delante y 96 por detrás. La primera es de satén negro con una tira de raso entretelada y bastillada á la máquina, con ribete de terciopelo negro, y la segunda es de lana azul-marino con bieses de raso bordados y cosidos á la máquina: ribete de terciopelo también.

33 Á 35. BOLSA DE SEDA Y TRENCILLA.

Materiales: reps de seda color castaño, trencilla de seda, cinta de reps y cordón de seda, todo del mismo color; forro de gaza.

Un pedazo de gaza fuerte, de 24 cents. de largo por 14 de ancho, cuyos ángulos se recortan, sirve de base á la bolsa, modelo 33 (véase también el trenzado de trencilla, grabado 34 de tamaño natural). Al pedazo de gaza va cosida la bolsa de reps, de 44 cents. de vuelo y 22 cents. de altura, cortada en biés por ambos lados sobre 4 centímetros, desde su mitad, y cerrada con una jareta.

La parte inferior de la bolsa queda oculta por el trenzado de trencilla, forrado de gaza, que se cose á 4 centímetros del bajo. Los ángulos doblados en forma de fuelle, dan forma á la bolsa. En vez del trenzado podría ponerse el bordado á puntos largos, sobre cañamazo java, que representa el grabado núm. 35.

37. CAPUCHA DE PUNTO.

Se reduce á un fichú de 140 cents. de largo por 42 de ancho, guarnecido con una puntilla de 7 cents., pudiéndose elegir cualquiera de los dibujos publicados. El modelo es de lana mohair blanca, la puntilla de lana azul claro, con fleco de madroños de lana céfiro. Se forra de raso azul y se la recoge por delante con algunos pliegues y bullones, sujetos con lazos de cinta azul claro. Sobre una de las dos puntas del fichú se coloca un lazo, á 10 ó 12 cents. del borde, para recogerla, mientras la otra cae recta.

39. TAPETE DE PUNTO DE AGUJA.

(Véanse núms. 8 y 9 y 40.)

Materiales: algodón del núm. 6, agujas de acero, algodón del núm. 50.

Nuestro modelo, que es un cuadro de 65 cents. de largo de costado, consiste en cuatro triángulos, hechos por separado y unidos entre sí por medio de una costura invisible.

En cada triángulo, 7 tiras lisas de algodón alternan con otras 6 caladas, hechas con algodón más fino, pero con las mismas agujas.

Cada triángulo empieza por una tira lisa, en el borde derecho de abajo, como se ve en el grabado núm. 40, de tamaño natural, para la que se montan 300 puntos.

El dibujo de la tira lisa lo forman las vueltas yendo y volviendo. Primera vuelta: 1 pto. liso, 1 al revés, 1 liso, 2 al revés. Vuélvese á la señal *. Segunda vuelta: se repiten siempre, 2 lisos, 3 al revés. La primera tira lisa, cuenta 28 vueltas: las otras no tienen más que 20 cents. de ancho. Las caladas tienen todas el mismo ancho, y su ejecucion la muestra claramente el grabado 40, de tamaño natural. Hasta la sétima tira, que concluye con un punto, se hará un menguado al finalizar cada tira lisa y lo mismo en las caladas.

La tira grabado núm. 8, que sirve para ocultar las costuras, empieza con 5 ptos. *Primera vuelta:* * 1 pto. sin hacer, 4 lisos. *Segunda vuelta:* * 1 sin hacer, 1 al revés, 1 liso, 1 al revés, 1 liso y se vuelve á la señal.

El núm. 9 representa un galon, á punto anudado, hecho con cordoncillo de seda fina de Argel, que sirve para este mismo objeto. Una vuelta de crochet, compuesta de una brida y 2 pts. en el aire, en la cual se enganchan grupos de fleco, termina el tapete todo alrededor.

41 Y 42. VESTIDO PARA NIÑA.

Bieses de tela de 3 cents. de ancho, adornados de pespuntos, guarnecen este lindo traje de diagonal azul, que se corta por el patron de un vestido princesa sin costadillos. La espalda forma 3 tablas, de 6 cents. de ancho, bien planchadas, que se prolongan hasta el bajo del vestido, y van cosidas por dentro hasta la cintura. El plegado que adorna los delanteros, tiene 7 cents. de altura; el de las mangas y los bolsillos solamente 3. Echarpe de faya de color que haga juego, de 19 cents. de ancho y 184 de largo, ligeramente anudada.

43 Á 45. ALMOHADAS BORDADAS Y CALADAS.

El objeto principal de estos grabados, además de ofrecer un modelo más de ropa blanca, consiste en mostrar como deben doblarse las almohadas para que se vea el bordado aún cuando estén guardadas en un armario.

Ambos modelos no representan más que el adorno superior.

La almohada núm. 43 está bordada á la cruz con algodón encarnado y azul, mostrando su ejecucion el núm. 44 de tamaño natural. La almohada núm. 45 lleva por adorno un entredos bordado y de encaje de palillos, puesto sobre un trasparente de color.

Las dos almohadas están cerradas de distinto modo, como indican los grabados.

48. CENEFAS BORDADAS EN TUL PARA CORBATA.

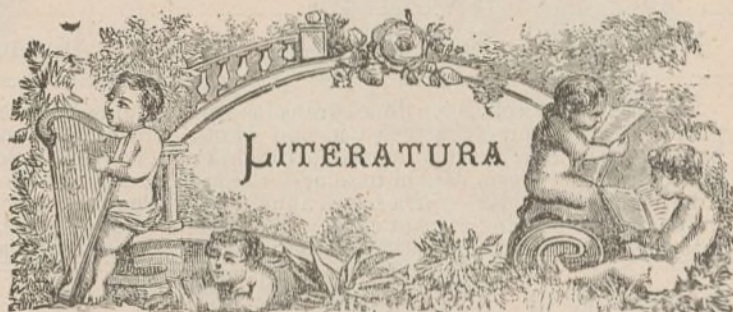
El efecto original que produce este bordado, consiste en los diferentes gruesos del algodón que se emplea. El borde va festoneado y recortado el tul alrededor de los festones.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correo á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



EL ANGEL DEL AMOR.

Qu'est-ce donc que l'amour, si sourève est si doux?

(Lamartine)

Eco dulcísimo que resuena en el alma, es la palabra amor.

La criatura necesita el amor, como las flores el rocío.

En todas las edades es el amor una necesidad; él embellece cuanto toca, y perfuma cuanto le rodea como aquilatada esencia.

Cuando penetramos en la senda de la vida, nos recibe el dulce beso de nuestros padres que derrama un torrente de amor en nuestros rosados labios.

Cuando entramos en la adolescencia, nos espera el ángel del amor, con su séquito de soñadas ilusiones.

En la juventud el amor nos circunda con su brillante aureola de puros resplandores.

En la fuerza de la vida el amor dulcifica el alma. Y en la ancianidad el amor nos acerca á Dios.

La tierra sólo nos brinda sendas tortuosas para caminar durante nuestra estancia en ella, y el Hacedor Supremo que atenúa el pesar de sus criaturas con su misericordia, ha hecho descender á este mundo el bellísimo ángel de los amores, que vela para dar felicidad á los corazones apasionados; sí, porque en el amor las penas se cambian en dicha, tal es la fuerza de su encanto.

En medio de los mayores desconsuelos de la vida, nos presta el amor fuerzas, resignacion y heroicidad.

El amor tiene un principio religioso que le guia; alimenta la esperanza constantemente, y cuando es verdadero llega hasta la abnegacion sin apercibirse de su sacrificio.

El amor es destello de los cielos, es sin duda espíritu angélico que vive entre nosotros idealizando nuestras acciones y sentimientos.

¿Qué sería la vida sin amor? Las heroicas hazañas, las sublimes ideas, las grandiosas empresas y todo lo que puede aproximarnos á la perfeccion, no existiría.

El ángel del amor debió formarse de una sonrisa del Eterno, y descender á la tierra impulsado por las suaves auras del paraíso. Su blanca túnica suele mancharla el polvo de áridos desiertos; pero al fin conquista las almas privilegiadas.

Desgraciado del que no mire en el amor un bien inmortal; desgraciado aquel que desconozca el poder de este ángel que rige nuestros destinos cumpliendo los mandatos de su Dios que sin duda le dijo: dirige tu vuelo hácia la morada de los hombres, siendo allí bálsamo de consuelo para las heridas de su alma; penetra en sus corazones y sublimándolos hazles vivir la vida del sentimiento, apartándoles de la prosaica realidad que tanto daño hace, sobre todo á los que sienten el fuego de la inteligencia abrasar su mente, y el fuego del arte enardecer su corazón.

El ángel que postrado ante el trono del Altísimo escuchó sus palabras, debió tender sus invisibles alas en el espacio y quedar suspendido en la atmósfera que rodea

á los pobres mortales, que respiran amor desde que nacen, al aspirar en la brisa que les da vida, el aliento del angélico querube, que cual los atrevidos rayos del sol, penetra lo mismo en la cabaña del infeliz que en el magnífico palacio, deslizándose su leve planta con el mismo placer sobre el frío suelo de una choza, que sobre la mullida alfombra de un alcázar.

El amor es un poema cantado por todas las naciones y por todos los siglos.

El amor es la base en que se funda la novela de la vida.

En toda criatura existe un rasgo, un recuerdo ó una esperanza de amor, como en todo libro hay algunas páginas dedicadas á rendirle culto.

Impulsamos el amor cuando pequeños hacía nuestros padres, que al besar nuestra frente nos dan el calor de la dicha.

En la juventud el amor nos conduce á todo lo grandioso, siempre que sea un amor bien comprendido, un amor del alma, puro como las blancas alas del ángel que debe inspirarlo.

Hay pasiones que harían elevar su vuelo huyendo de la tierra al ángel del amor, sino fuera porque indulgente aparta sus miradas de los que tan mal le interpretan, y sólo piensa en pedir su perdón al Dios que todo lo puede. Aquellos que dan la palabra amor á sus pasiones cuando les arrastran al mal, ignoran lo que es amor; esa dulce sensación aunque llegue al extremo del frenesí, guarda en su fondo un tesoro de pureza como guarda el cristiano su fé, como guarda la flor en su corola las gotas del rocío que la engalanan con un prendido de inapreciable valor.

Amor, historia constante de los hombres; dulce consuelo del alma, tú sólo puedes iluminar con un fuego divino la mirada de la criatura, porque ese fuego sea producido por el caritativo amor á la humanidad ó por el de un solo sér; no puede contenerse oculto y brota en magnéticos destellos que, dando un reflejo de belleza al rostro, muestran algo de la belleza del alma. Nada más sublime que el dolor, nada más hermoso que las lágrimas que vierte una madre por el hijo de sus entrañas; nada más conmovedor que la oración erigida entre sollozos por un esposo amante, sobre la tumba que encierra su amor; nada más profundo que el desaliento de un hijo que lamenta la pérdida de sus padres, sintiendo el más helado vacío en su corazón. Pues bien, todo esto es obra del amor; sin este poderoso sentimiento, no existiría esa impresionabilidad del alma que nos hace morir moralmente á la idea de perder un ser querido.

La palabra amor está grabada en todos los encantos de la naturaleza. Amor cantan las aves; amor murmura la brisa que besa al entreabierto capullo, recibiendo en amoroso cambio su grata esencia; amor susurra el arroyuelo cuando acariciándole se mira en él la reina de la noche; amor dicen los mares al bordar la playa con los festones de sus adormecidas ondas en el tranquilo encanto de una noche primaveral. Y las estrellas que cual faros luminosos brillan fijas por el Hacedor de los mundos en la bóveda de los cielos, nos hablan de amor; de ese amor infinito que inspira el Sér Supremo al mostrarse á nuestra vista en cada una de sus maravillas.

Es tan hermoso el amor cuando sonríe, como cuando vierte el néctar de sus lágrimas.

El amor es la suprema felicidad; amando alimentamos la fé y la esperanza sintiéndonos propicios á la caridad; estas tres virtudes adornan al ángel de los amores que, cual emanación divina, habita en la tierra para consuelo de los mortales.

MARÍA ANTONIA G. DE A.

Zafra y Febrero 1878.

Á NUESTRO

SANTÍSIMO PADRE LEON XIII

En su elevación al trono pontificio.

SONETO.

De ALFONSO DOCE el capellan más viejo,
Y de sus dignos colegas decano,
Llega respetuoso al Vaticano,
Del Sagrado Cenáculo reflejo.

La Virgen pura, que del BUEN CONSEJO
El pueblo suele apellidar cristiano,
Inspirará al Pontífice romano
Si en alguna ocasión está perplejo.

Rugía horribonante ayer el trueno,
Su piloto al perder la navicella
Que defiende la cruz del Nazareno;

Hoy sonríe la Madre sin mancilla
A LEON TRECE... Vedle... ¡Qué sereno
Rige el timón, del Tíber en la orilla!

Madrid 20 de Febrero de 1878.

GASPAR BONO SERRANO.

QUEJAS.

Sientes el pecho de dolor transido
que ya no exhala el perfumado aliento:
¿é intentas arrancar de su latido
plácido acento?

Ya no palpita: como flor sin hojas,
que rueda en alas de huracán bravío,
así tu corazón por mis congojas
se arrastra impío.

Tu fé gastada, tu ilusión marchita,
llevan el timbre de la muerte impreso:
¡ay! ni en tus labios para mí palpita
su último beso.

Tus flores se tornaron en abrojos,
y ni el amor en tus entrañas arde.
Cuando broten sus lágrimas tus ojos
será ya tarde.

Sobre tu frente lánguida resbala
la brisa un beso en amoroso giro,
y ni tu ingrato corazón exhala
leve un suspiro.

Y yo te amaba: y en mi mente loca
para mi casto amor pintaba un cielo:
¡ay!... ilusiones que vistió tu boca
de amargo duelo.

Diste color al sentimiento mío,
y mentiste á mi amor dulces amores,
reanimando mi ser, como al rocío
las tiernas flores.

¿Aquél pérfido ayer, no lo recuerdas,
que eterno llanto á mi dolor inspira?...
¡Que así memoria y sentimiento pierdas!
¡Cuánta mentira!

¿Y esa es la dicha que el amor encierra
hiriendo el alma en su pesar profundo?
¿Es esa la verdad que hay en la tierra?
¡Ese es el mundo!

A. ALCALDE VALLADARES.

SIN TREGUA.

Empuñando el bordon del peregrino
Ceñí mis flacos piés con las sandalias;
E inocente y dichosa preparéme
A emprender de mi vida la jornada.

Caminaba feliz por blandas sendas
Cercadas de ilusiones y esperanzas;
Detuve el paso por cojer algunas,
Y una voz junto á mí, murmuró: "anda."

Rica floresta de olorosos mirtos
Y rosas de los Alpes enlazadas,
Elijo por mansion; ¡oh, cuánta dicha!...

—Anda, anda, anda.

Alcázar de bullente orfebrería
Abre sus puertas á mis tristes ansias;
Lechos de pluma perezosos brinda....

—Anda, anda, anda.

Tu cumbre ya escalé; ¡cuánta fatiga!
Mas fresca sombra me darán tus palmas,
Mi sien confortaré con tus laureles.

—Anda, anda, anda.

¡Piedad; no puedo más! de sangre dejan
Hondos regueros mis heridas plantas...
¡Un momento de tregua! ¡uno tan sólo!

—Anda, anda, anda.

AURORA LISTA.

TUNEZ.

CROQUIS DE VIAJE.

I.

¡Túnez! Para algunos es un misterio, para otros un jeroglífico, y, sin embargo, ambas apreciaciones distan mucho de la verdad. Existe muy cerca de nuestra patria, frente á las costas de Europa, separada sola por breves horas de navegación.

Id á Marsella y encontrareis vapores que salen periódicamente para Túnez.

Si consultamos un tratado de geografía, nos dirá que Túnez, capital de la regencia de este nombre, es una de las ciudades más pobladas de África; que posee fábricas

de manufacturas de seda, etc., que su lago tiene unos treinta kilómetros de circunferencia; que la ciudad era importante desde antigua fecha, y añadirá que fué ocupada por Régulo 256 años ántes de Jesucristo y sitiada por San Luis en 1270, y tomada en 1534 por Barbaroja, á quien se la arrebató Carlos V tres años más tarde, y que en 1570 cayó bajo el dominio de los turcos, después de cuyo acontecimiento se declaró independiente, nombrando por sí sola sus beyes, y por último, dirá que la población de todo el Estado se estima en unos dos millones de habitantes y en unos ciento ochenta mil la de la capital.

Esto es poco y yo diré algo más.

Los extranjeros viajan mucho. Si traspasais las fronteras de nuestro país, vereis, sobre todo en los meses de verano, los hoteles y los restaurants atestados de turistas.

En España no sucede lo mismo. En España no hay (hablo en general) afición ni costumbre de viajar fuera de nuestras provincias. Nuestros compatriotas se contentan con conocer su casa, por decirlo así, y aún existen muchas personas para quienes no representa atractivo eso de consagrar dos ó tres semanas á las excursiones de estudio ó de recreo.

II.

La travesía entre España y Túnez es agradable, pues el Mediterráneo, á pesar de sus enojos, es un excelente amigo.

Quien ha recorrido otros mares lo mira como un lago magnífico y nada más. Si lo cruzais en su anchura, poco tiempo perdeis de vista las costas; y, haciendo las escalas de éstas, apenas se borran ante las miradas del pasajero las montañas y los caseríos, las hermosas playas y las pintorescas ciudades.

El vapor se detiene en Filipeville y Bona, poblaciones ámbas de Argelia. Sigue navegando, y permite descubrir Bizerta, y más lejos el cabo de Cartago.

El paisaje, árido y triste, está dominado por la capilla que dedicó Francia á la memoria de San Luis.

Cartago es una ruina, desolada como pocas. No busqueis grandes despojos en el emplazamiento de aquella célebre ciudad. Escasos restos subsisten de su opulencia, y, para no perder una ilusión, es preferible renunciar á su vista y contentarse con el recuerdo de su gloria fenecida.

Empezamos á encontrar, diseminadas en la costa, las casas de recreo adonde vienen los personajes de Túnez para tomar baños.

Más lejos surge entre nosotros la *Goleta*, imponente fortaleza que defiende la entrada de Túnez.

Renuncio á hacer su descripción, pues aborrezco todo lo que supone violencia y evoca ideas de muerte. He visitado Gibraltar, he visto otras muchas plazas de guerra, pero nunca he consignado en mis apuntes de viajero la reseña más insignificante de esas obras.

Fondeamos á bastante distancia de Túnez, que parece dormir en el fondo de su golfo, y poco tiempo después abandonó el buque, ocupando una canoa, tripulada por marineros malteses.

Desembarco en la *Goleta*, porque no sólo es ésta un fuerte, sino una población erigida á orillas del puerto.

Señoras europeas, moros, árabes, negros y oficiales indígenas pasean por la extensa plaza próxima al desembarcadero, y todos fijan en mi persona sus miradas, no faltando cuchicheos ni sonrisas.

La curiosidad es una de las imperiosas necesidades del alma; y aunque algunos la califican de defecto, yo no sería capaz de juzgarla en términos tan duros.

III.

En la *Goleta* subí á un modesto carruaje, tirado por dos caballos. El cochero dió la señal de partir, y los infelices animales, abandonando al trote la pequeña ciudad, pasaron bajo la puerta de Cartago y siguieron durante algún tiempo las orillas del lago *El Baheira*.

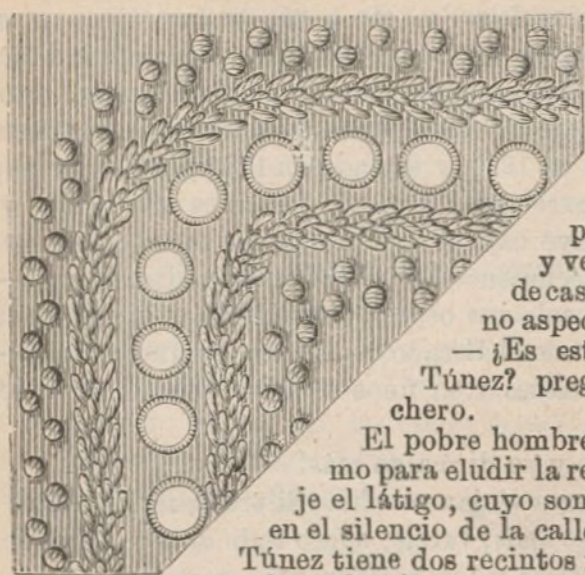
El camino es pintoresco y muy frecuentado.

Dos horas más tarde dejamos á la derecha un cementerio y á la izquierda un blanco *marabú*, con su graciosa puerta pintada de rojo y su cúpula exornada de blancas tejas, y entramos en la ciudad por la puerta de Cartago, ó sea, en el idioma del país, *Bab-el-Carthagen*.

Esta puerta consta de una triple bóveda de arco morisco, sostenido con columnas de piedra, y comunica por un lado con la ciudad en su barrio de *Bab-el-Souika*, y por el otro con el campo. En sus muros hay huecos ó nichos, donde duermen á todas horas los perezosos.

Dormir, fumar y meditar; hé aquí la adorable *trinidad* del pueblo árabe.

Seguimos una calle formada con muros pintados de blanco, de poca altura, y agujereados de trecho en trecho



11. Cenefa para el babero núm. 5.

por puertas que sirven de tiendas. Estas desaparecen después casi por completo, y vemos una serie de casas de mezquino aspecto.

—¿Es esta la famosa Túnez? pregunto al cochero.

El pobre hombre sonríe, y como para eludir la respuesta, cruje el látigo, cuyo sonido se pierde en el silencio de la calle.

Túnez tiene dos recintos murados; uno es el de la ciudad entera, incluso los barrios, y otro, el que rodea a la ciudad antigua. Este último, que se está demoliendo, arranca al fin de la calle que seguimos.

La animación y el movimiento anuncian poco a poco que nos acercamos a un centro importante.

Pasamos bajo la puerta de la Marina (*Bab-el-Bahar*), y nos internamos en otra vía pública. Continuamos después por una especie de ronda ó camino, y al cabo de tanto y tanto andar, nos detenemos en el *Hotel de Francia*, cuyo interior es una mezcla de arquitectura antigua y moderna, con muchos toques ó pinceladas, idénticos á los que ofrecen las casas de Andalucía.

IV.

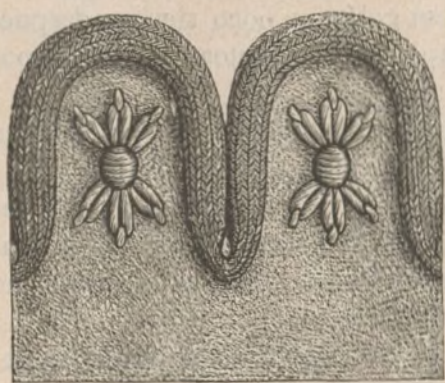
Europa ha llevado á Túnez un numeroso contingente, que, con los indígenas de este pedazo de África, prestan á la ciudad, sobre todo en ciertos sitios, una animación extraordinaria.

La multitud anda, corre, se atropella y circula en todas direcciones, y, á la par, vemos los tunecinos y los árabes del campo, los turcos, los franceses, los italianos, los malteses y los griegos en el perdurable torbellino de las calles.

Desde el camello hasta el pollino, y desde el arrogante caballo hasta la grave mula, pasan á nuestro lado numerosos ejemplares de cuadrúpedos.

Los vendedores de agua pregonan á voces su mercancía; los moros, á la puerta de sus tiendas esperan compradores, y los árabes fuman tranquilamente sendos cigarrillos.

He nombrado la puerta de la Marina, y debo añadir que, una vez pasada, se encuentra la plaza del mismo nombre, centro del bullicio. En cuanto á la puerta, de puro estilo árabe, es de piedras blancas, entre las cuales aparece una que, por excepción, es negra.



22. Adorno para el peine núm. 10.

—¿Qué significa ese rasgo de mal gusto? pregunté á mi guía, señalando la piedra negra. El guía me miró asombrado, cual si hubiese oído una blasfemia terrible, y respondió:

—Esa piedra es un ejemplo.

—No adivino, insistí.

—¡Loado sea Dios!

—¡Pero sabremos!...

—Ninguna obra de los hombres es perfecta; y los orientales, para confesarlo públicamente, colocan en todas sus construcciones una piedra negra.

—Comprendo.

—Es decir que toda obra peca, aunque sólo sea por un punto.

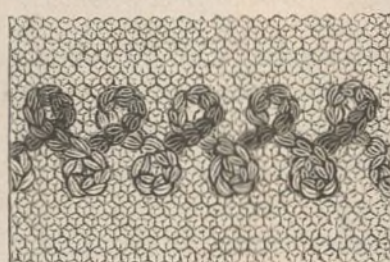
Además, los malos genios podrían destruir la más hermosa obra si no se les tributase el homenaje de colocar la piedra negra, que es como reconocer su superioridad.



24. Tapicería para zapatilla



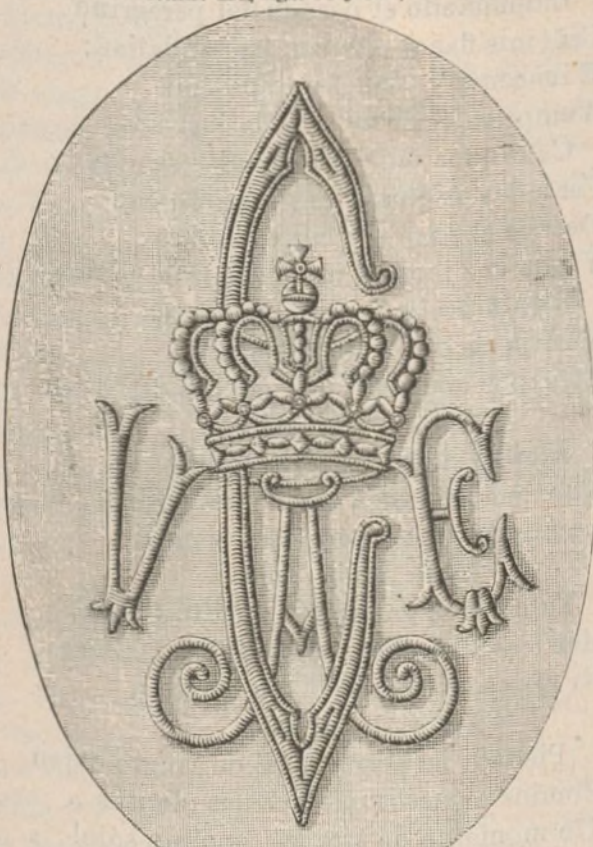
13. Bolsa para el calzado. (Véanse los núms. 46 y 47.) (Dibujo: pliego del 18, figs. 36 y 37.)



16. Bordado en tul. (Véase el núm. 17.)



18. Cesta para tenazas de rizar. (Patron: pliego del 18, núm. XI, figs. 33 y 34.)



21. Cifra para pañuelo.



26. Adorno para vestido.

—Y agradecen la memoria? añadió sonriendo.

—Tanto la agradecen, que la piedra negra se transforma en protectora de las piedras blancas.

La explicación de mi guía era una clara y terminante revelación del pueblo de Oriente, con sus rasgos originales, con sus poesías admiradas y que ha subsistido á través de los siglos, sin perder sus galas, ni su pompa, ni su belleza.

V.

La ciudad se divide en tres barrios ó cuarteles: el franco, el moro y el israelita.

—¿No tienen rótulos las calles? dije á mi guía, que con frecuencia extrañaba mis observaciones.

—Todavía no, pero los tendrán en breve, repuso.

—Buena falta hacen.

—¿Por qué?

—Porque es cosa de andar á ciegas eso de no saber cómo se llama el sitio adonde nos dirigimos.

—Pues nosotros bien conocemos la ciudad y los nombres de las calles.

—Sí, pero los extranjeros...

—¡Ah! Los extranjeros llegarían también á adquirir nuestra práctica.

—Conviene progresar.

—¡Dios es grande! murmuró el africano, cuya manera de discursar no era demasiado lógica, y guardamos silencio.

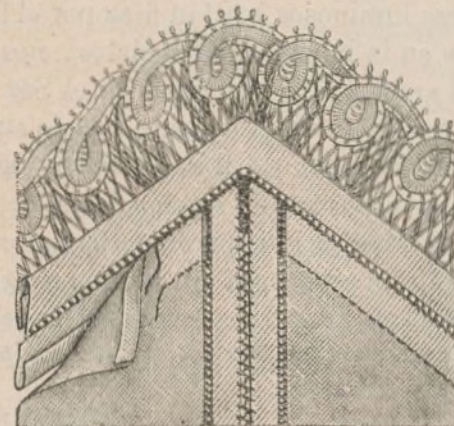
Pocos objetos interesantes hay en las calles; paseamos por ellas, pero nada nos sorprende, exceptuando el prestigio que llevan en sí determinadas poblaciones, y que un escritor contemporáneo llama el *alma de las ciudades*.

Túnez tiene la suya, que se manifiesta, sobre todo, en los tipos de sus hijos y en la luz de su cielo.

Los arcos de muchas casas rompen con frecuencia la calle por donde camináis, y atravesando su anchura, unen dos viviendas fronterizas. Entonces hay un efecto de luz y sombra notable, y entonces también desaparece por un momento el cielo azul.

Túnez ofrece á los pintores

asuntos magníficos para hermosos cuadros. No es preciso investigar mucho. Por todas partes veis elementos de composición.



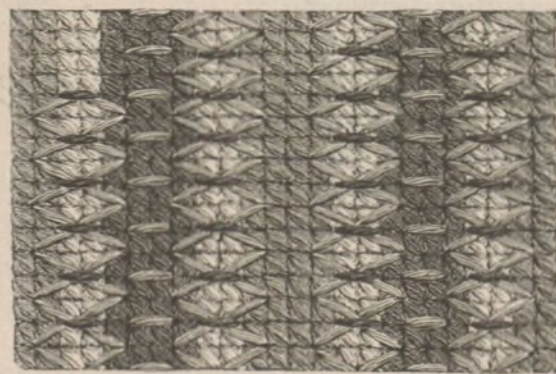
23. Adorno para camisas.

Un arco árabe, un grupo de camellos cargados de mercancías, un vendedor á la puerta de su bazar, un jinete, un café indígena... ¡á qué seguir! El tono ardiente de los edificios, los trajes orientales, las fisonomías de

estas gentes, la vegetación, todo, en fin, sirve para el croquis, para la *mancha*, á cuyo favor se forman después las obras más acabadas.

Las exigencias de la vida europea, en cuanto al ornato, son aquí desconocidas; de lo contrario, no hallaríamos á veces una casa, empujada sobre un arco, en medio de la vía pública.

Las fachadas de los edificios son más modestas, humildes; y sólo sorprenden las puertas exteriores de las casas moriscas; puertas que exhiben



25. Tapicería para zapatillas.



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Calle de la Montera, número 11, Madrid.

capricho
de Túne
se coloc
domicili
cir de la
lignos.

Una c
constitu
comerci

Están
tos de
ladrillo
gracia
esta dis
posicion
se disfr
ta de u
agradal
temper
tura.

Los son
son, e
conse
cuencia

los baza
de Túne

En ca
una de
tas peq
ñísima
tienda
costum

La in
Nosc

los de n
gorros
varios.

¡Cuá
alborn
borlas
bellisi
tículos
redes

Desj
una gr
de la 2
nente,
de Túne

Ten
roso la
dad i

Djair

Carta

Sidi

cumbi

Hamm

36
C

ell

llo

de

de

in

gu

co

caprichosos dibujos formados con clavos. Un distintivo de Túnez es la mano con los dedos extendidos. La mano se coloca en las puertas de las tiendas, en el patio del domicilio, en las fachadas y en todas partes; pues, al decir de las gentes, sirve para conjurar los espíritus malignos.

VI.

Una de las curiosidades de Túnez son los *souks*, que constituyen á un tiempo la fábrica y la tienda de los comerciantes.

Están cubiertos de arcos de ladrillo y, gracias á esta disposición, se disfruta de una agradable temperatura.

Los *souks* son, en consecuencia, los *bazares* de Túnez. En cada una de estas pequeñas tiendas es

costumbre que sólo se venda una clase de objetos.

La industria del país puede estudiarse en los *souks*.

Nosotros visitamos los de babuchas, los de sastrería, los de monturas para caballos, los de perfumes, los de gorros tunecinos, los de tejedores, mueblistas y otros varios.

¡Cuántas preciosidades! Esencias delicadas, jaiques, albornoces, velos, jaiques casi fantásticos, *chechias* de borlas azules, ricos arneses, *caftanes*, *djabadols*, mesas bellísimas, espejos, escopetas, cofres y un sin fin de artículos cuya enumeración sería monótona, cubren las paredes de aquellos antros de apariencia humilde.

Después de visitar el *Dar el Bey*, palacio erigido en una gran plaza de la ciudad y cuyo interior es del gusto de la Alhambra, subimos á la *Kasbah*, fortaleza imponente, que por su elevación permite gozar del panorama de Túnez y sus alrededores.

Teníamos á nuestros pies la antigua Túnez, el anchuroso lago *El-Baheira*, la ciudad franca, la ciudad israelita, el barrio musulmán *Bab-el-Djira*, el barrio italiano y maltés, el cabo de Cartago, el palacio del *Bardo*, la aldea de *Sidi-Bou-Said*, los oasis de la *Manouba* y las cumbres de *Djebel-Rekas*, de *Zahouan* y de *Hamman-lif*.

VII.

Viven en Túnez diferentes razas,

y no en pequeño número. Hay árabes que son indígenas nómadas, pastores ó labradores que aparecieron en África hácia el siglo quinto de la Era. Hay bereberes, descendientes de los primeros poseedores de este suelo, que se nos presentan en el siglo IX luchando contra el poder de los califas. Son aldeanos ó habitantes de las montañas, á quienes los moros y los árabes han obligado á vivir en

34. Trenzado de trencilla para la bolsa núm. 33.



35. Bordado en cañamazo Java para la bolsa núm. 33.



31 y 32. Faldas interiores.



33. Bolsa de seda y trencilla. Véanse los núms. 34 y 35.



36. Capucha de abrigo. (Véase el núm. 7 del Correo anterior.) (Patron: pliego del 18, núm. III, figs. 12 á 14.)

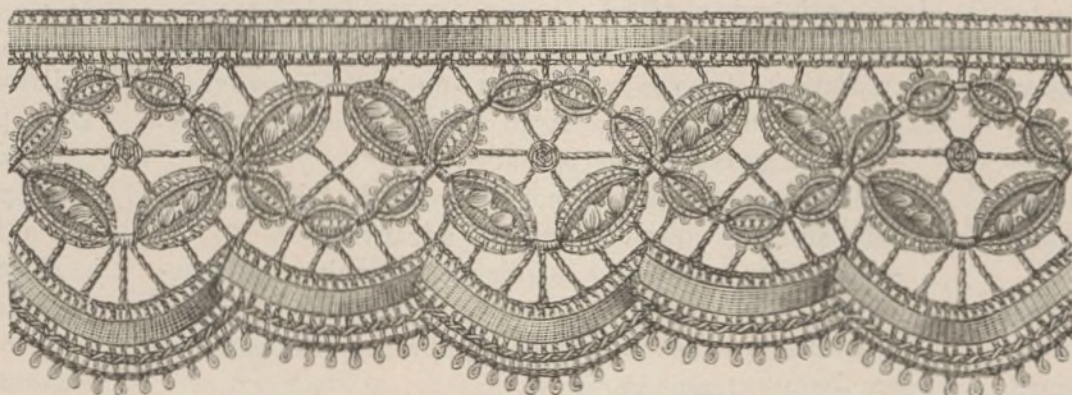
ellas. Hay moros descendientes de aquellos que en el siglo XIII fueron expulsados de Sicilia y de los que emigraron á Túnez después de la batalla de Tolosa.

Los moros trajeron aquí su civilización, sus industrias y sus artes, y, merced á sus dotes, se inauguró la verdadera prosperidad de Túnez.

Por último, viven en esta porción de África turcos, griegos, israelitas y otras muchas nacionalidades



27. Mantelería bordada. (Véase el núm. 38.)



30. Encaje inglés para mangas y cuellos.



que trasforman la ciudad en una mascarada perpétua. Tanto se ha escrito acerca de las mujeres árabes que no tendría, ciertamente, interés alguno lo que pudiéramos decir nosotros.

¡Quién no ha leído descripciones, más ó menos exageradas, de las mujeres moras! ¡Quién no las ha adivinado envueltas en sus velos misteriosos, que cubren totalmente sus facciones! ¡Quién ignora que las judías, al contrario de aquellas, se presentan en todas partes con el rostro descubierto y mostrando un elegante y caprichoso ropaje rico de colores y adornos!

Sea de ello lo que quiera, á la civilización tunecina falta algo, y ese algo es la mujer, cuya ausencia de la vida pública representa un vacío.

Antes de concluir, y para que se comprenda que Túnez es un Estado digno de respeto, donde los adelantos

modernos repercuten y tienen imitación, voy á copiar las bases de su Código administrativo y judicial, publicado en 1864.

Dice así:

1.º Una seguridad completa garantiza formalmente á todos nuestros vasallos, á todos los habitantes de nuestros Estados, cualesquiera que sean su religión, su nacionalidad y su raza. Aquella seguridad se extenderá á su persona respetada, á sus bienes sagrados y á su reputación honrada, y no sufrirá excepción sino en los casos legales, cuyo conocimiento compete á los tribunales. La causa nos será luego sometida y nos corresponderá, ya ordenar la ejecución de la sentencia, ya conmutar la pena, ya prescribir una nueva instrucción.

2.º Todos nuestros vasallos estarán sujetos al impuesto existente hoy, ó que pueda establecerse en adelante, proporcionalmente y cualquiera que sea la posición de fortuna de los individuos, de tal suerte que los grandes no estarán exentos del *canoun* á causa de su posición elevada, y los pequeños tampoco lo estarán á causa de su debilidad. El desarrollo de este artículo tendrá efecto de una manera clara y precisa.

3.º Los musulmanes y los demás habitantes del país serán iguales ante la ley, pues este derecho pertenece naturalmente al hombre, cualquiera que sea su condición.

La justicia sobre la tierra es una balanza que sirve para garantizar el buen derecho contra la injusticia, el débil contra el fuerte.

4.º Nuestros vasallos israelitas no sufrirán violencia alguna por cambiar de religión, ni se les impedirá el ejercicio de su culto; sus sinagogas serán respetadas y al abrigo de todo insulto, puesto que el estado de protección en que aquellos se encuen-



37. Capucha de punto.

tran debe asegurarnos nuestros beneficios, así como también debe imponernos sus obligaciones.

5.º Atendido que el ejército es una garantía de la seguridad de todos, y que la ventaja que de aquí resulta vuelve al beneficio del público en general; considerando por otra parte, que al hombre precisa consagrar una parte del tiempo á su existencia y á las necesidades de su familia, declaramos que sólo reclutaremos los soldados según un reglamento y conforme á la práctica de alistamiento por la suerte; el soldado



38. Cifra para la mantelería núm. 27.

permanecerá en el servicio un tiempo limitado, que se determinará en un código militar.

6.º Cuando el tribunal criminal tenga que pronunciarse sobre las penalidades en que haya incurrido un súbdito israelita, se unirán al referido tribunal asesores igualmente israelitas. La ley religiosa los hace, por otra parte, objeto de benévolas recomendaciones.

7.º Estableceremos un tribunal de comercio, compuesto de un presidente, un escribano y muchos miembros, elegidos entre los musulmanes y los súbditos de las potencias amigas. Este tribunal, que debe juzgar las causas comerciales, entrará en funciones después que nosotros nos hayamos entendido con las grandes potencias extranjeras, nuestras amigas, sobre el modo de proceder para que sus súbditos sean justiciables de este tribunal. Los reglamentos de aquella institución serán desarrollados de una manera precisa, con objeto de prevenir todo conflicto ó equivocación.

8.º Todos nuestros vasallos, musulmanes u otros estarán igualmente sometidos á los reglamentos y á los usos puestos en vigor en el país; ninguno de ellos gozará, bajo este punto de vista, privilegio sobre otro.

9.º Libertad de comercio para todos y sin ningún privilegio para nadie. El gobierno se prohíbe toda especie de comercio y no impedirá que lo practique persona alguna.

El comercio en general será objeto de una protectora solicitud, y se evitará todo lo que pueda causarle entorpecimientos.

10. Los extranjeros que quieran establecerse en nuestros Estados podrán ejercer todas las industrias y todos los oficios, á condicion que se sometan á los reglamentos establecidos y á los que puedan establecerse más tarde, lo mismo que los habitantes del país. Nadie gozará en este punto privilegio sobre otro.

Adquirirán la referida libertad después que nos hayamos entendido con sus gobiernos acerca de la forma de aplicación, la cual será explicada y desarrollada.

11. Los extranjeros pertenecientes á los diversos Gobiernos que quieran establecerse en nuestros Estados podrán comprar toda suerte de propiedades, tales como casas, jardines, tierras, lo mismo que los habitantes del país, á condicion de someterse á los reglamentos existentes, ó que puedan ser establecidos, sin que puedan sustraerse á ellos.

VIII.

Tal es la base del país á que nos hemos referido.

El Código fundamental del Estado es un testimonio de que Túnez aspira á entrar en la comunión de los pueblos occidentales, para lo cual copia su manera de ser.

La civilización africana de Túnez cede poco á poco el puesto á la civilización de Europa; y aunque bajo ciertos puntos de vista gana en el cambio, ¡sucederá lo mismo el día que acepte por completo y en todas sus manifestaciones esa misma civilización?

Lo dudamos.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS

NOVELA DE COSTUMBRES

Original

DE ANGELA GRASSI.

(Continuación.)

Genoveva se levantó y ambas bajaron del coche; pero la enferma tenía razón. Aún no hubo dado diez pasos, cuando tuvo que detenerse jadeante y apoyarse en el tronco de un árbol.

Había conocido perfectamente la intención de la doncella, y sentía privarla de un placer, ya que era tan dichosa que hallaba placer en algo.

Genoveva, buena y complaciente, hizo un nuevo esfuerzo y dió algunos pasos más; pero otra vez tuvo que detenerse.

—Anda tú, dijo entonces á la doncella; yo voy á sentarme debajo de este árbol y aquí te esperaré. No tengas prisa, la tarde está hermosa y anhelo respirar el aire libre.

La doncella se dejó rogar un poco, pero luego partió como una flecha, y Genoveva pudo verla á lo lejos hablando con un sargento.

La joven se sonrió tristemente. Ella también amaba á Eugenio; ¿por qué le veía partir sin pena? ¿por qué le volvía á recibir sin júbilo?

La tarde era poética y deliciosa. El aura rizaba apenas las verdosas aguas del río, y sus mansos suspiros se mezclaban con el ligero rumor de las hojas que se balanceaban en el aire y el gorgojo de los pájaros amantes, mientras el sol se escondía cual un globo de fuego tras las empinadas crestas del Guadarrama.

El sitio estaba solitario. De vez en cuando pasaban algunas misteriosas parejas cuchicheando en voz baja, y el ruido confuso de sus voces se mezclaba á la voz monótona de un anciano ciego que cantaba no muy lejos al son de su guitarra.

Genoveva no fijaba la atención en nada y permanecía con los ojos entrecerrados, casi dormitando.

De repente oyó ruido de pasos precipitados. Abrió los ojos con verdadero sobresalto y vió á dos jóvenes de distinto sexo que se venían persiguiendo mutuamente, pero dando gritos de alegría.

El joven llegó el primero á acogerse á un árbol, no muy distante del que prestaba su sombra á Genoveva, y exclamó batiendo las palmas con cándido alborozo.

—¡Yo he ganado la merienda!

—¡Porque has echado á correr antes de tiempo! respondió su compañera que llegaba jadeante.

—Vaya, no te enfades, ¿quieres que volvamos á jugarla?

—No, estoy cansada y tengo hambre; saca el pan y el queso; compraremos naranjas.

Ambos se sentaron en el suelo sobre la húmeda hierba, desdoblaron una servilleta y contemplaron casi con éxtasis la frugal merienda.

Pero cuando empezaban á comer, el joven se detuvo.

—¿En qué estás pensando, hermano? preguntó su compañera.

—En ese ciego que pide una limosna con acento congojoso. Quizás no le hayan dado nada en todo el día, porque hay tantos que tienen oídos y no oyen!

Genoveva se puso encendida de rubor, y ocultó el rostro detrás del abanico.

—¿Tienes muchos deseos de comer las naranjas, hermanita mía? prosiguió el joven.

—¡Vaya! ¡hace toda una semana que las espero!

—Es que si no fuera por eso daríamos los seis cuartos al pobrecito viejo! ¡Se pondría tan contento!

—Pues mira, dáselos; nosotros tenemos pan y queso.

El joven se levantó lleno de júbilo, y Genoveva vió que sus ojos brillaron con una expresión de placer sublime.

Casi al instante volvió, dando el brazo al anciano.

—Mira, exclamó dirigiéndose á su hermana; dice que no ha comido hoy más que un poco de pan, y que los cuartos le vendrán bien para completar el pago del alquiler del chirimbitil en donde habita. Yo le he convidado á merendar con nosotros.

La niña exhaló un suspiro, y arrojó una mirada pesada sobre sus escasas provisiones.

Pero al instante recobró su sonrisa.

—Lo partiremos como hermanos, dijo dulcemente.

Pronto se estableció entre los tres comensales, una conversación afectuosa y expansiva.

—¿No tiene V. familia? preguntó de repente el joven, dirigiéndose al mendigo.

Esta pregunta demostraba tanto interés, que el anciano exclamó con efusión.

—¡Ay hijo mío, si yo tuviera familia no me vería reducido á tan penoso estado! Tres hijos tuve, y una esposa muy amada. El mayor fué á la guerra y murió como valiente sobre el campo de batalla; el segundo se embarcó para América, y el mar irritado lo sepultó entre sus ondas; mi hija, la menor de todos, casada con un hombre perverso, es mártir en la tierra; pues trabajando y á costa de mil penalidades, sostiene y educa á seis hijos, de los cuales el mayor no pasa de seis años.

Mi mujer no pudo resistir á tantas desventuras, y buscó paz y reposo en el sepulcro.

Yo fui maestro de escuela en Alcobendas, en mis buenos tiempos. Luego vino la orden de que los maestros debían ostentar un título; estudié mucho para adquirirlo, y quedé ciego. Ahora tengo setenta y tres años, estoy solo, vivo solo, ¡no cuento con más amparo que la misericordia de Dios y la limosna de las buenas almas!

Este invierno pasado creí que sería el último de mi vida. El frío era intenso; pasaba las noches y los días á la intemperie, á veces sin lecho en donde descansar los fatigados miembros, á veces sin pan que llevar á los labios.

Dios ha permitido que volviese á saludar la primavera; ¡bendito sea su nombre!

Nada más; esta es mi historia.

Los dos jóvenes lloraban y se miraban el uno al otro.

—¡Qué lástima que seamos tan pobres! murmuraron ambos á la par.

—¡Dios estima en tanto el óbolo del pobre, como la moneda de oro del rico! exclamó vivamente el ciego. En lo mismo estima un buen deseo, y él les recompensará sin duda por el que acaban de concebir, dándoles paz en el mundo y felicidad en el cielo.

—¿Pide V. siempre limosna en este sitio? preguntó el joven.

—¡Siempre!

—Mi hermano es la esperanza ilimitada, añadió la niña sonriendo, ¡siempre espera que el mañana le traerá lo que le ha negado el hoy!

—Dios es padre, hija mía, murmuró dulcemente el ciego, ¡dichosos los que confían en él! Esta tarde yo estaba lleno de desconsuelo porque no podía pagar el cuarto, y mi buena suerte, les ha traído á ustedes por aquí! Tiempo hace que no habito con mi hija: su esposo la maltrataba por mi causa, y harto sufre la desdichada! Vivo en un cuartito que me cede una frutera, avara y gruñona. ¡Ya me amenazó ayer con que si no llevaba el dinero me echaría á la calle!

Pero hé aquí que todo se ha remediado: ¡bendito sea Dios! ¡benditos sean ustedes, hijos míos!

Genoveva sintió que sus párpados secos se humedecían, y que una lágrima caía sobre su mano, abrasada por el fuego de la calentura.

Mientras tanto, el sol tiránico é inflexible, sin tener consideración á los dos jóvenes y al anciano, tan agradablemente entretenidos, siguió su trazada ruta, y sus fogosos caballos dieron consigo en el ocaso, abandonando á las sombras lúgubres el cetro de la tierra. Aparecieron de improviso la luna y las estrellas, aunque todavía reverberaban con los postreros fulgores del astro rey las nubes de occidente, y cundiendo por todas partes la alarma al ver su claridad diáfana, se escondieron los insectos en el pétalo de las flores, las aves en sus nidos, los ecos en la concavidad de las peñas, y las brisas perfumadas entre las hojas de los árboles, cediendo su lugar al airecillo fresco de la noche.

Sobresaltáronse los dos jóvenes y el anciano cuando se apercibieron de aquel brusco cambio, y se despidieron mutuamente con sinceras muestras de interés y de cariño.

El joven acompañó al mendigo hasta el sitio en donde había dejado su guitarra, y volvió apresuradamente al lado de su hermana.

—¿Te pesa, le dijo á ésta, te pesa que no hayamos comprado las naranjas?

—¡Oh, no, exclamó la niña, he pasado una tarde deliciosa. Siento una cosa en el corazón que me llena de alegría!

—¡Ah, quién pudiera ser rico para esparcir el bien á manos llenas! repuso el joven. ¡Cuesta tan poco hacer dichosos! Ya ves, en lugar de seis le he dado doce cuartos, y como paga por su habitación cinco reales cada semana, ha podido completarlos! Dirás, y con razón, que teníamos derecho á gozar de esos doce cuartos fruto de nuestro trabajo y economía, pero qué mayor goce que ser útiles á los demás y remediar sus males?

—Esto es muy cierto; si solo se tratase de nosotros, dijo la niña un poco afligida, pero siento volver á casa y no llevarles nada!

A esta objeción imprevista, se contristó visiblemente el joven, y estuvo un rato suspensivo; pero luego como herido por una idea repentina, exclamó con entusiasmo.

—Vamos á cojer flores: ¡crees que no apreciarán lo mismo un ramillete de flores campestres, cogidas por nuestra mano!

Excelente debió parecer su idea á la niña, por cuanto se puso al instante á coger flores, que no por ser silvestres eran menos lindas, ni revelaban menos la mano del artífice supremo. Las había blancas, azules, amarillas y encarnadas, con primorosas hojas verdes de todas formas y matices.

De repente el joven que la ayudaba en su tarea, se detuvo, y exclamó con acento apasionado:

—¡Ves hermana! ¡Ese río salpica con sus perlas á los árboles vecinos, las flores ofrecen su cáliz al insecto amante, hasta la brisa se apresura á esparcir en torno los perfumes que recoge entre sus alas: todos los seres de la creación se afanan por ofrecer á los otros seres sus tesoros, en vez de encerrarlos en sí mismos, y pudiéramos decir que la naturaleza es un gran comercio, en donde los átomos se combinan, se modifican; en donde todos concurren al bien de todos, para formar ese conjunto grandioso é inconcebible, cuya armonía sublime sabe hasta el trono del Eterno! ¡Mal haya el segador que cierra su mano, para que las infelices espigadoras no puedan recoger ni una sola espiga, ó más bien, desdichado de él! ¡Si; desdichado de aquel que pasa por delante de la desventura ajena y cierra los ojos; desdichado de aquel que se tapa los oídos para no oír los quejidos del infortunio; desdichado de él, hermana, porque como los condenados del Dante, jamás podrá vislumbrar la luz del cielo, jamás podrá experimentar una alegría verdadera!

Habían concluido de formar cada uno un hermoso ramillete, y ambos se dispusieron á partir; pero antes la niña sacudió la servilleta, esparciendo las migas de pan al pie del árbol que les había dado sombra.

—¡Verás mañana cómo se las disputan los alegres pajarrillos dijo con infantil alborozo! ¡cómo cantarán de contento al recogerlas!

—Cuando estoy en el campo, interrumpió su hermano con tono conmovido, cuando veo esos árboles que cimbrean magestuosamente su perfumada copa, cuando oigo los mil murmulios de la naturaleza que se apagan en la lejanía, cuando contemplo esos hermosos cambiantes de la bóveda azulada, siento que el alma se abrasa de amor hacia todos los seres de la creación, ó más bien, hacia Dios que los ha formado, hacia Dios que vela como un amoroso padre por cada uno de los átomos más leves!

Aquí mi espíritu se remonta hacia él, siento y veo con ardor inusitado, y hay una fuerza dentro de mí que me impulsa á postrarme de rodillas y adorarle, como le adoraban los astros y las rocas, las fuentes y las flores.

—Pues bien, oremos, hermano mío, exclamó la niña arrebatada por su entusiasmo, oremos por nuestra familia.

Ambos se arrodillaron con las manos juntas sobre el pecho, con las mejillas encendidas, con las miradas fijas en el cielo.

Otra lágrima cayó de los párpados de Genoveva, pero ¡ay! que á su vez quiso balbucear una plegaria, y no supo formular ninguna. ¡Desdichada! No la habían enseñado á orar como podía ser dichosa?

No lloró ella sola; los jóvenes también lloraron; pero el ángel del consuelo debió bajar á sus corazones en pos de su plegaria, porque al terminarla sonrieron.

Luego, enlazaron ambos su brazo y se dirigieron á la población cantando en voz baja una trova melodiosa.

Genoveva quedó sola.

Entonces se levantó rápidamente, y ¡cosa extraña! se dirigió casi sin respirar hasta el sitio en donde se hallaba el mendigo.

Miró recelosa y turbada en torno suyo; la doncella estaba muy lejos, y el coche parado á bastante distancia. Las sombras de la noche empezaban á ser densas, no permitiendo que se distinguieran los objetos.

Genoveva dejó caer en las manos callosas del mendigo su bolsillo lleno de oro.

—¡Para su hija de V. y sus seis niños pequeñuelos! murmuró en su oído.

Y volvió corriendo al sitio que ocupaba antes, mientras el ciego poblaba el aire con sus fervientes bendiciones.

Genoveva estuvo un rato pensativa con la mano puesta sobre su seno palpitante.

—Tienen razón, murmuró en voz baja; esto hace bien, mucho bien, ¡nunca he experimentado un placer tan puro! ¿Cómo no me han enseñado á divertirme así? ¿Cómo no se divierten así todos los ricos?

¡Qué alegre está el pobre viejo, y qué alegre está la campiña! ¡Todos esos pequeños seres aman, porque son chispas de la divina inteligencia; todos debemos amarlos porque son la imagen de Dios sobre la tierra! Y Dios debe existir, si: comprendo su existencia por la sublime y desconocida alegría que invade todo mi ser. ¿Qué es esta llama suave que corre por mis venas? ¿Qué soplo divino es este que siento agitarse y revivir dentro del pecho? ¡Es el alma que estaba aletargada! Mi alma divina, inmortal, que anhela remontarse al cielo y visitar el sagrado moran de los serafines; el alma que se ha embriagado por primera vez con el néctar de los gozos espirituales, y transportada de júbilo parece que intenta romper las cárceles del pecho!... ¡Gracias, Dios mío! ¡Ya no me es indiferente la vida! Puedo y quiero consagrártela á tí, consagrártela á mis hermanos! ¡Ya comprendo esos amantes murmulios de las aguas, esos tiernos quejidos de la brisa, esa armonía mística de la creación!... ¡Ya he recordado la vista del alma, los oídos del espíritu!...

¡Yo también siento: yo también amo, creo y espero!... Espero en tí, Dios de bondad inmensurable, que acabas de vivificarme con tu soplo; que acabas de calentar mi yerto corazón con el fuego de la caridad, que es tu amor, Dios mío, y tu amor es el que da vida y calor al Universo! ¡Oh, te amo, te amo en tus más pequeñas obras, te amo en mis hermanos, te amo en este amor que se desborda dentro de mi pecho, y quiero vivir para amarte, y viviré para amarte y bendecirte!

Cuando la doncella, asustada con su propia tardanza volvió á su lado, Genoveva la recibió con alegre sonrisa.

—No temas, la dijo, me has hecho mucho bien con tardar; gracias, acabas de curarme; ya no quiero salir sino contigo.

Y echó á andar, llegando hasta el coche sin advertir el cansancio.

La doncella la miraba estupefacta; creyó que se había vuelto loca.

Genoveva cumplió su promesa, saliendo con ella todas las tardes, y la asombrada muchacha vió descifrado el enigma.

Su señorita recorría secretamente las bohordillas, y socorria con mano pródiga á sus infelices moradores. Cuando agotó el dinero que poseía, vendió los trajes y

joyas que le eran superfluas. Nadie conoció su secreto más que la doncella.

Pronto el deseo de hacer bien degeneró en pasión en el alma compasiva de Genoveva, y es imposible enumerar ni describir todas sus piadosas estratagemas para aliviar á la indigencia vergonzante.

Al cabo de algunos meses, sus mejillas habían recobrado las rosas de la primavera, su andar era firme, su mirada brillante. Estaba desconocida. Solo conservaba de su pasado mal un sello de dulce melancolía, propio de su carácter serio y contemplativo.

Los médicos atribuían este milagro á los baños de Panticosa; Genoveva se sonreía. Sabía que la caridad era el bálsamo portentoso que había regenerado su alma.

Todas las noches al volver de sus piadosas expediciones, rendía á Dios un fervoroso voto de gracias por su curación milagrosa, y bendecía á los desconocidos juveniles que la habían iniciado en los misterios del alma; que la habían señalado el camino de la dicha. Porque Genoveva era muy dichosa; ya no tenía horas de amargura. Pensaba continuamente en sus desvalidos hermanos, y experimentaba el orgullo del que se siente noble y digno de sí mismo.

¡Cuánto hubiera dado por conocer á los que la habían hecho descubrir el bálsamo milagroso de las penas! Ignoraba sus nombres; pero recordaba sus dulces y expresivas fisonomías! Mil veces su mano trémula de emoción, había trazado sobre las páginas de su álbum de dibujo, los contornos de aquellos rostros puros y serenos, mil veces había improvisado tiernas baladas, que ella misma se acompañaba en el piano, cantando las escenas de aquella poética tarde, tan hondamente grabadas en su imaginación y en su alma. Cuantas veces recorría paseos solitarios, otras tantas buscaba en los semblantes de todos los que pasaban, alguna semejanza con los semblantes de sus desconocidos bienhechores. Era un culto fervido el que les tributaba, pero tan puro como el que se tributa á los ángeles del cielo.

Habíala contado el día antes Eugenio la historia de la flor y la mariposa, y la joven vivamente interesada había solicitado de su padre que concediese una plaza en su escritorio, para el que tanto se con dolía de la florecita azul tronchada y abatida.

Había creído sencillamente llevar á cabo una buena acción, y era el anhelo de su vida el que había realizado.

Nadie es tan pródigo para retribuir nuestros más pequeños esfuerzos, Luisa mía, como la Providencia.

Plantada una insignificante semilla y brotarán ramos y flores que os ofrezcan sus perfumes; criad un pajarillo y os dará multiplicadas armonías; esparcid el bien y os sobrevendrán mil bienes, si no sois tan ciegos que los atribuyais al acaso. Ahora bien; la Providencia acababa de obrar en favor de Genoveva el milagro apetecido; acababa de concederle la alegría más pura de su vida.

Cuando levantó los ojos del bastidor y los fijó en Cláudio, reconoció al joven del Manzanares, al desconocido salvador de su alma.

Ahogó el grito de júbilo que se escapaba de su pecho; pero no pudo impedir que las rosas de la alegría invadiesen sus mejillas.

Cláudio estaba mucho más pálido que cuando lo vió por la vez primera, mucho más feo, porque los sufrimientos habían robado á su rostro la frescura de la juventud, porque las lágrimas habían circundado sus párpados con un profundo surco; pero ¡cuán interesante era aquella palidez, producida por los combates de un alma buena torturada por la suerte! ¡cómo penetraba hasta lo íntimo del pecho el brillo de aquellos ojos melancólicos que revelaba el fuego de un corazón amante!

Genoveva nunca había considerado las cosas por su exterioridad; cuando la habían acostumbrado á materializarlas, á verlas por el prisma grosero de los sentidos, sólo la inspiraban aversión y hastío. Para ella el mérito no lo constituían ni el traje ni la hermosura, sino el espíritu, soplo divino del Eterno, único digno de ser reverenciado como á Dios de quien dimana.

¡Ah, cuán lejos estaba Cláudio de pensar que sus sencillas palabras pronunciadas al acaso, habían podido regenerar un alma! ¡cuán lejos estaba de creer que había sido por tanto tiempo objeto de un respetuoso culto por parte de aquella hermosa joven que tenía delante!

—Buenos días, Genoveva, dijo Eugenio tendiéndola la mano; buenos días, Marcela, anadió dirigiéndose al aya, sentada á poca distancia de la joven. ¡Está V. haciendo su interminable calceta! ¡Oh, no puede decirse que es también interminable su cuadro de V., Genoveva, porque ya veo que desde ayer han brotado una multitud de flores. Pero ¿qué hace V. ahí inmóvil y de pie, Cláudio? ¡Perdone V., soy un aturdido! Buen modo tengo de hacer presentaciones.

Dirigióse á Cláudio, que estaba efectivamente inmó-

vil y como de una pieza en el umbral de la puerta, y lo condujo hasta la joven.

—Aquí tiene V. á su protegido, la dijo.

—¡Oh, no, á su protegido de V! respondió Genoveva sonrojándose.

Levantóse, ofreció á Cláudio una silla á su lado, y entabló con él una de esas conversaciones indiferentes, que de tanto auxilio sirven en una primera entrevista y que tan bien saben sostener las personas acostumbradas al trato social. Inútil es decir que en ella Cláudio no hacía muy buen papel, y que sus respuestas se limitaban á todos los monosílabos conocidos. Genoveva le habló de la mariposa y la flor, de la misteriosa poesía del Buen Retiro, le preguntó por su familia, y viendo que la timidez del joven era invencible, creyó prudente dejarle espacio para que se repusiera, antes de que entrara su padre, á quien podía desagradar su encogimiento.

Así, pues, le dijo con adorable sencillez:

—Un secretario viene á ser un individuo de la familia, y por lo tanto quiero tratarle á V. desde luego con la mayor franqueza. Mi padre no tardará en volver de la Bolsa; entretanto, como es la hora en que suelo dar con Eugenio mi lección de inglés, espero que V. me dispensará si me entrego á mi cotidiana tarea.

Y la joven abandonó el bastidor para sentarse junto á una mesita de ébano, sobre la cual se veían esparcidos varios papeles.

Agradecióselo en el alma el pobre Cláudio, que ya había agotado los recursos de su oratoria, aunque sus muestras habían sido tan exiguas. Además, estaba verdaderamente deslumbrado; aquel lujo fabuloso, comparado con el modesto ajuar de su casita, aquellos espléndidos trajes comparados con el suyo tan raído, y la misma amable acogida que le dispensaba Genoveva, todo servía para aumentar su cortedad y turbarle en sumo grado. La timidez aprisiona la mente y embaraza las acciones; Cláudio avergonzado y confuso, hubiera renunciado gustoso á su empleo, con tal de encontrarse á cien leguas de distancia.

Creó que al alejarse Genoveva se mitigaría su martirio y podría respirar libremente, siquiera fuera por algunos segundos; pero pronto experimentó otro nuevo género de tortura.

(Se continuará.)

LA FARMACIA EN FAMILIA.

El vivir siempre prevenidos contra cualquier evento desagradable que pudiera suceder, debe ser uno de los primeros cuidados de aquella á quien esté encomendado el bienestar de la familia.

Un accidente puede ocurrir cuando menos se piensa; puede alguno de los individuos de la casa ponerse malo de noche.

Entonces la que estaba encargada de velar sobre su salud, si se halla desprovista de medios de combatir el mal en sus principios, estará aturdida, pesada y sin saber qué hacer.

No le sucederá lo mismo, si con tiempo ha sabido organizarse una pequeña farmacia, cuyos artículos principales son los siguientes, pues los demás varían según el temperamento y la diversidad de achaques que aquejen á los que vivan juntos.

Tintura de árnica para las heridas, las torceduras de los pies, las contusiones.

Glicerina arnicada para las quemaduras y las grietas.

Ácido fénico para cauterizar las picaduras y mordeduras venenosas.

Flores de tilo, de naranja y manzanilla, para las indigestiones y cólicos nerviosos.

Flores pectorales, para los catarros.

Almidon, adormideras, agua de melisa, alcohol, tafe-tan inglés y mostaza.

Si el orden es tan indispensable en todas las cosas, lo es mucho tratándose de medicamentos, que deben estar dispuestos cuidadosamente en un armario, con sus rótulos, para que no se confunda una sustancia con otra, y para más precaución, será mejor quitar la llave de este armario, no sea que una mano indiscreta vaya á trastornarlo todo.

Sobre los frascos debe ponerse además un rótulo que diga si el medicamento ha de ser bebido ó aplicado solamente á la parte exterior, no sea que en la confusión del momento se tome un frasco por otro, y en vez de curar al enfermo se le mate.

Es preciso tener cuidado de no poner una sustancia en un frasco en donde haya estado otra, sin enjuagarlo bien, y sobre todo sin mudarle el rótulo.

Las hojas y las flores para las infusiones, se guardan en una caja, dividida en compartimientos para cada una, en donde se colocan envueltas en un papel blanco con el nombre de la flor escrito encima.

El almidon debe tenerse en un frasco de vidrio herméticamente cerrado y lo mismo la mostaza.

Es inútil añadir, que la provision de vendas, vendajes, trapos é hilas, debe ser lo más abundante posible.

Las hilas deben ser largas y cortas, distribuidas en macitos atados con una cinta.

No se puede comprender qué descanso es para una ama de casa, prevenida de este modo,

y segura de que podrá combatir cualquiera indisposición antes de la llegada del médico, si la experiencia no nos ha demostrado cuán aflictivo es hallarse en un caso semejante sin saber qué hacer, y sobre todo el remordimiento que se experimenta si la enfermedad se agrava y no se ha hecho nada para atajar sus progresos.

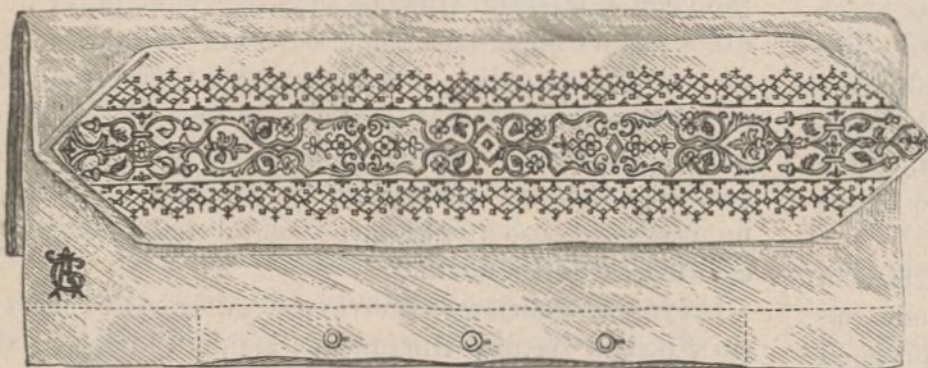
ADELINA.

CORRESPONDENCIA.

J. E.—No sabe V. cuánto placer tengo en contestar á las preguntas que me dirigen mis amables suscriptoras, porque esto me demuestra que puedo serlas útil. Así, pues, no titubeé V. jamás en escribirme, segura de que su carta será siempre bien recibida.



41. Vestido para niña (Véase el núm. 42).



43. Almohada bordada. (Véase el núm. 44).

Hace perfectamente en querer utilizar el rico vestido de su madre, que de seguro ahora no podría comprar á ningún precio. La hechura que debe tener es princesa, porque hoy por hoy no se admite otra. Combinelo V. con faya, porque el raso y el terciopelo son telas demasiado pesadas, y que esta sea de uno de los colores del fondo. Advirtiéndole que el vestido, en particular la falda, debe ser de la tela brochada y los adornos de faya. Si no alcanzase, puede V. poner á la túnica un plaston de arriba á abajo de faya, guarnecido con encajes, plisés ó pasamanería.

A la segunda pregunta es más difícil responder, ignorando la importancia que quiera V. dar al convite; cuando se ponen fiambres en la mesa se llama buffet.

En este caso, se colocan los fiambres en el centro, y las pastas en las cuatro esquinas, advirtiéndole que el ama de la casa, debe preparar y servir por sí misma el té á los convidados. Al efecto, necesita tener una tetera elegante con azucarero y tenacillas correspondientes.

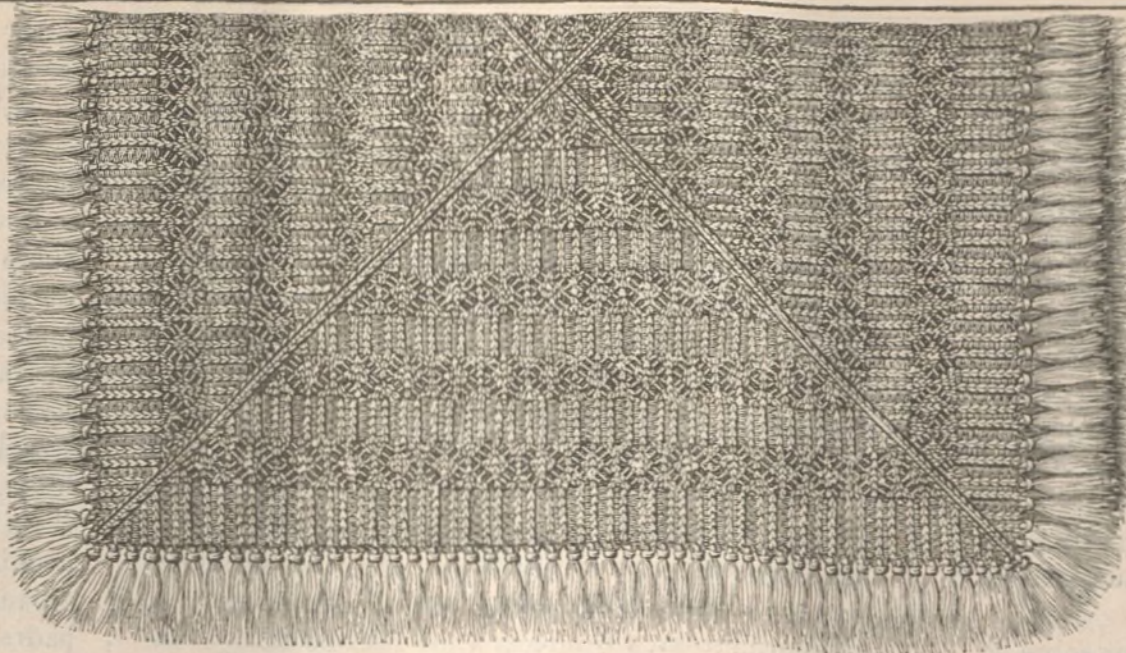
Si no se poseen manteles y servilletas propias para té, es mejor suprimirlas.

E. G.—Terque.—Cubra V. su colcha de damasco, con encaje irlandés ó crochet, bien en medallones, bien unido; pero cuidando de que haya muchos calados para que se vea el damasco y no se pueda apreciar su deterioro.

En el número de hoy hallará modelos de almohadas de novedad. Puede ponerse el escudo, guarneciéndolo luego el borde con encaje.

Cristina y Antonia.—He recibido sus amables cartas, y tengo un verdadero placer en haberlas complacido.

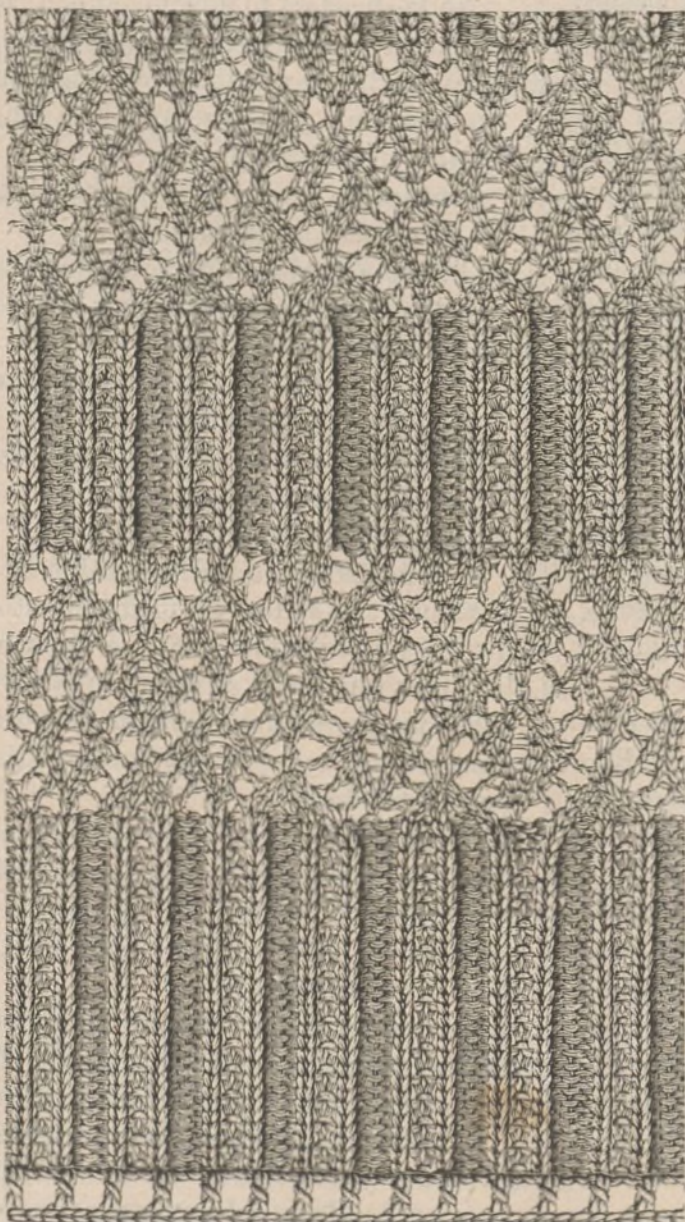
Me gusta extraordinariamente alentar el



39. Tapete de punto de aguja. (Véanse los núms. 8, 9 y 40).



44. Cenefa para la almohada núm. 43.



40. Punto de aguja para el tapete núm. 39.

En un lujo so tomo aca- ba de publicar nuestro compañero el Sr. Jorrito Paniagua la tercera edición de sus *Cuentos fantástico-morales*, habiéndose adquirido multitud de ejemplares por los más importantes colegios y por el Ministerio de Fomento, con destino á las bibliotecas populares. La lectura de este libro es utilísima á los niños.

Explicacion del figurin 1307.

FIG. 1.^a Traje de entretiempo.—Fal-



42. Espalda del vestido núm. 41.



45. Almohada con entredoses.

da, túnica y cuerpo coraza de lana verde musgo guarnecidos con plegados y terciopelos negros. La túnica va plegada por delante y cuadrada por atrás.

Paletot de belga nevado guarnecido con pasamanerías negras y aplicaciones de lo mismo por delante. Sombrero de fieltro con el borde forrado con un bullonado verde musgo y guarnecido con una rosa y pluma blanca.

FIG. 2.^a Traje de baile para señora joven.—El vestido interior es de muselina blanca ó azul como se quiera. El cuerpo coraza con plaston largo es de faya azul y lo mismo los picos que guarnecen por abajo el delantero, adornados de plisés de tarlatana. Lo demás del traje es de tul ó tarlatana blanca bullonada y sujetos los bullones con torzadas de tul y lazos de cinta azul con una rosa en el centro. El mismo adorno realza el plaston.



47. Bordado para la bolsa núm. 13.

Fichú plegado y cruzado por delante dentro del plaston. Collar de perlas, guantes blancos largos con brazalete serpiente y una rosa con hejas en el peinado.



48. Cenefa bordada en tul para corbata.

OBRAS

DE DOÑA ÁNGELA GRASSI que se hallan de venta en esta Administración.

Las riquezas del alma; obra premiada por la Academia Española. Dos tomos, 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.

La gota de agua; obra premiada por aclamacion en el concurso Jesus Rodriguez Cao. Un tomo, 4 rs.

El que no siembra no coge; novela de costumbres, 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

Poesías; un tomo, 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

El primer año de matrimonio; un tomo, 5 rs.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a Edicion recibirán el FIGURIN ILUMINADO 1307.

Editor-proprietario, Carlos Grassi.

Tin. de G. Estrada, Docto. Bourque.

Administracion: Montera, 11, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid